

Boletín Prado Informa

Volumen 3, Número 9

Diciembre 2006

Las fiestas principales de este mes son:

**6, San Nicolás de Bari; 8, Inmaculada Concepción;
12, Nuestra Señora de Guadalupe; 14, San Juan de la Cruz; 24, Nochebuena;
25, Navidad; 27 San Juan Evangelista; 28, Santos Inocentes; 31, Sagrada Familia.**

I. El Papa nos dice

Publicamos las palabras que dirigió Benedicto XVI sin papeles en la tarde del domingo 23 de julio, en el acto de oración por la paz en Oriente Medio que presidió en la iglesia parroquial de Rhêmes Saint-Georges, en el Valle de Aosta.

Sólo quiero ofrecer unas breves palabras de meditación sobre la lectura que hemos escuchado. Con el trasfondo de la dramática situación de Oriente Medio, nos impresiona la belleza de la visión ilustrada por el apóstol Pablo (Cf. Efesios 2, 13-18): Cristo es nuestra

paz. Ha reconciliado a los unos y a los otros, judíos y paganos, uniéndoles en su Cuerpo. Ha superado la enemistad con su Cuerpo, en la Cruz. Con su muerte, ha superado la enemistad y nos ha unido a todos en su paz.

Sin embargo, más que la belleza de esta visión nos impresiona el contraste con la realidad que vivimos y vemos. Y, en un primer momento, no podemos hacer otra cosa que preguntar al Señor: «Pero, Señor, ¿qué nos está diciendo tu apóstol: "Han sido reconciliados"?». En realidad, nosotros vemos que no están reconciliados. Todavía hay guerra entre cristianos, musulmanes, judíos; y otros fomentan la guerra y todo sigue lleno de enemistad, de violencia. ¿Dónde está la eficacia de tu sacrificio? ¿Dónde está en la historia esta paz de la que nos habla tu apóstol?

Nosotros, los hombres, no podemos resolver el misterio de la historia, el misterio de la libertad humana que dice «no» a la paz de Dios. No podemos resolver todo el misterio de la relación entre Dios y el hombre, de su acción y de nuestra respuesta. Tenemos que aceptar el

EN ESTE NÚMERO

Pag.

- | | | |
|---|---------------------|--|
| 1 | El Papa nos dice | Palabras de Benedicto XVI, sin papeles domingo 23 de julio. |
| 3 | Conoce tu Fe | ¡Abba Pater! |
| 4 | Para ponerte al día | “Aprender a ser feliz”. |
| 5 | Para tu vida | Cuerpo de Cristo. |

misterio. Sin embargo, hay elementos de respuesta que el Señor nos ofrece.

Un primer elemento es que esta reconciliación del Señor, este sacrificio suyo, no ha quedado sin eficacia. Existe la gran realidad de la comunión de la Iglesia universal, de todos los pueblos, la red de la Comunión eucarística, que trasciende las fronteras de culturas, de civilizaciones, de pueblos, de tiempos. Existe esta comunión, existen estas «islas de paz» en el Cuerpo de Cristo. Existen. Y existen fuerzas de paz en el mundo. Si contemplamos la historia, podemos ver a los grandes santos de la caridad que han creado «oasis» de esta paz de Dios en el mundo, que han encendido de nuevo su luz, y han sido capaces de reconciliar y de crear de nuevo la paz.

Existen los mártires que han sufrido con Cristo, han dado este testimonio de la paz, del amor, que pone un límite a la violencia.

Y viendo que la realidad de la paz existe, aunque haya permanecido la otra realidad, podemos profundizar aún más en el mensaje de esta carta de San Pablo a los Efesios. El Señor ha vencido en la Cruz. No ha vencido con un nuevo imperio, con una fuerza más poderosa que las demás, capaz de destruirlas; no ha vencido de una manera humana, como nos imaginamos, con un imperio más fuerte que el otro. Ha vencido con un amor capaz de llegar hasta la muerte. Esta es la nueva manera de vencer de Dios: a la violencia no opone una violencia más fuerte. A la violencia opone precisamente lo contrario: el amor hasta el final, su Cruz. Esta es la manera humilde de vencer de Dios: con su amor -y sólo así es posible-- pone un límite a la violencia. Esta es una manera de vencer que nos parece muy lenta, pero es la verdadera manera de vencer al mal, de vencer a la violencia, y tenemos que confiar en esta manera divina

de vencer.

Confiar quiere decir entrar activamente en este amor divino, participar en este trabajo de pacificación, para estar en línea con lo que dice el Señor: «Bienaventurados los pacificadores, los agentes de paz, porque ellos son los hijos de Dios». Tenemos que llevar, en la medida de nuestras posibilidades, nuestro amor a todos los que sufren, sabiendo que el Juez del Juicio Último se identifica con los que sufren. Por tanto, lo que hacemos a los que sufren se lo hacemos al Juez Último de nuestra vida. Esto es importante: en este momento podemos llevar su victoria al mundo, participando activamente en su caridad. Hoy, en un mundo multicultural y multirreligioso, muchos tienen la tentación de decir: «Es mejor para la paz en el mundo, entre las religiones, entre las culturas, no hablar demasiado de lo específico del cristianismo, es decir, de Jesús, de la Iglesia, de los Sacramentos. Contentémonos de lo que puede ser más o menos común.». Pero no es verdad. Precisamente en este momento, momento de un gran abuso del nombre de Dios, tenemos necesidad del Dios que vence en la cruz, que no vence con la violencia, sino con su amor. Precisamente en este momento tenemos necesidad del Rostro de Cristo para conocer el verdadero Rostro de Dios y para poder llevar así la reconciliación y la luz a este mundo. Por este motivo, junto con el amor, con el mensaje del amor, con todo lo que podemos hacer por los que sufren en este mundo, tenemos que llevar también el testimonio de este Dios, de la victoria de Dios, precisamente mediante la no violencia de su Cruz.

De este modo, volvemos al punto de partida. Lo que podemos hacer es dar testimonio del amor, testimonio de la fe; y sobre todo elevar un grito a Dios: ¡podemos rezar! Estamos seguros de que nuestro Padre

escucha el grito de sus hijos. En la misa, al prepararnos para la santa Comunión, para recibir el Cuerpo de Cristo que nos une, pedimos con la Iglesia: «Líbranos, Señor, de todos los males, y concede la paz en nuestros días». Que esta sea nuestra oración en este momento: «Líbranos de todos los males y danos la paz». No mañana, o pasado mañana: ¡danos, Señor, la paz hoy! Amén.

Benedicto XVI

II. Conoce tu fe

:: "16 octubre 1931: "¡ABBA, PADRE!" ::

Hace 75 años, el 16 de octubre de 1931, envuelto en preocupaciones, san Josemaría rezaba en un tranvía de Madrid. Aquella oración -hecha en la calle- le llevó a comprender con especial hondura que era hijo de Dios. "¡Abba, Padre!", rezó en voz alta.

En viñetas.

El 16 de octubre fue jornada memorable, cuajada de oración. Uno de esos días en que apenas consiguió leer unas líneas del periódico, pues lo pasó arrebatado en unión contemplativa:

"Día de Santa Eduvigis 1931: Quise hacer oración, después de la Misa, en la quietud de mi iglesia. No lo conseguí. En Atocha, compré un periódico (el A.B.C.) y tomé el tranvía. A estas horas, al escribir esto, no he podido leer más que un párrafo del diario. Sentí afluir la oración de afectos, copiosa y ardiente. Así estuve en el tranvía y hasta mi casa (...)."

Cuando, más adelante, haya de dar detalles sobre la oración de ese día, "la oración más subida" que nunca tuvo, al

explicar aquella extraordinaria gracia de unión con Dios yendo en un tranvía, deambulando por las calles, verá en ello una lección. El Señor le hizo entender que la conciencia de la filiación divina había de estar en la entraña misma de la Obra:

"Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba Pater!*. Estaba yo en la calle, en un tranvía [...]. Probablemente hice aquella oración en voz alta.

Y anduve por las calles de Madrid, quizá una hora, quizá dos, no lo puedo decir, el tiempo se pasó sin sentirlo. Me debieron tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran más esa asombrosa verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca".

En el mensaje del 2 de octubre de 1928, en la llamada a la santidad en medio del mundo, se volvía a repetir la vieja y nueva doctrina del evangelio: *estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est*; sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial

En aquella jornada percibió, en la hondura misteriosa de la filiación divina, el alcance de aquella asombrosa realidad. No del modo en que había venido viviéndola hasta entonces sino proyectada dentro de su específica misión fundacional, como explicaba a sus hijos:

"Os podría decir hasta cuándo, hasta el momento, hasta dónde fue aquella primera oración de hijo de Dios.

Aprendí a llamar Padre, en el Padrenuestro, desde niño; pero sentir, ver, admirar ese querer de Dios de que seamos hijos suyos..., en la calle y en un tranvía -una hora, hora y

media, no lo sé-; *Abba, Pater!*, tenía que gritar.

Hay en el Evangelio unas palabras maravillosas; todas lo son: nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo lo quisiera revelar (Matth XI, 27). Aquel día, aquel día quiso de una manera explícita, clara, terminante, que, conmigo, vosotros os sintáis siempre hijos de Dios, de este Padre que está en los cielos y que nos dará lo que pidamos en nombre de su Hijo [...]."

Todavía en 1971, dando una meditación, revivía el recuerdo pasmoso de aquella jornada, que fue una confirmación de la cualidad inefable de ser hijo de Dios y también de que la Obra era, verdaderamente, Opus Dei:

"Entendí que la filiación divina había de ser una característica fundamental de nuestra espiritualidad: *Abba, Pater!* Y que, al vivir la filiación divina, los hijos míos se encontrarían llenos de alegría y de paz, protegidos por un muro inexpugnable; que sabrían ser apóstoles de esta alegría, y sabrían comunicar su paz, también en el sufrimiento propio o ajeno. Justamente por eso: porque estamos persuadidos de que Dios es nuestro Padre".

Relato recogido en 'El Fundador del Opus Dei (1)', de Andrés Vázquez de Prada.

III. Para ponerte al día

“APRENDER A SER FELIZ”

Alfonso Aguiló

Y pensamos en un ideal inaccesible. Es curioso cómo muchas personas piensan que la felicidad es algo reservado para

otros y muy difícil de darse en sus propias circunstancias. Corremos el peligro de pensar que la felicidad es como una ensoñación que no tiene que ver con el vivir ordinario y concreto. La relacionamos quizá con grandes acontecimientos, con poder disponer de una gran cantidad de dinero, gozar de una salud sin fisuras, tener un triunfo profesional o afectivo deslumbrante, protagonizar grandes logros del tipo que sea. Pero la realidad luego resulta bastante distinta a eso.

La prueba es que la gente más rica, o más poderosa, o más atractiva, o que mejor dotada está, no coincide con la gente más feliz. Para verlo, basta con echar una ojeada a las revistas del corazón. El dinero y las posesiones son en sí mismas un espejismo de la auténtica felicidad. La fama tampoco aporta demasiado por sí misma; es más, el hombre famoso necesita de una madurez especial para saber asumir bien su encumbramiento, sin que le produzca un desequilibrio emocional (además, es centro de atención de muchas miradas, que le siguen muy de cerca y suelen juzgarle con especial severidad).

Tampoco parece que disponer de un gran talento o gozar de muy buena salud sean el punto clave. Son cosas que pueden favorecer, que pueden crear un clima propicio para sentirse feliz, pero no siempre es así, pues todos hemos visto muchos ejemplos de personas muy inteligentes que han arruinado completamente sus vidas, o de otros que, por el contrario, con ocasión de la enfermedad han descubierto una nueva dimensión de su vida y han madurado y sido mucho más felices.

En nuestro escondido interior. Tampoco es que para ser feliz haya que ser tonto, enfermo o desafortunado. También entre éstos, como entre todos, unos se sentirán felices y otros no. Parece que la felicidad y la infelicidad provienen de otras

cosas, de cosas que están más en el interior de la persona, en el talante con que plantea su vida.

Por ejemplo, muchas veces sufrimos, o nos embarga como un sentimiento de desánimo, o de agobio, o de fatiga interior, y no hay a primera vista una explicación externa clara, porque no hemos tenido ningún contratiempo serio, ni tenemos hambre, ni sed, ni sueño, ni nos faltan la salud o las comodidades que son razonables.

Son dolores íntimos, y si investigamos un poco llegamos a descubrir que están causados por nosotros mismos: muchas de las quejas que tenemos contra la vida, si nos examinamos con sinceridad y valentía, nos damos cuenta de que provienen de nuestro estado interior, de nuestra pereza, de pequeños egoísmos, envidias, susceptibilidades, etc. En definitiva, de errores personales que nos producen una decepción.

Esforzada y natural Sin embargo, hay que pensar que es precisamente esa decepción la que nos brinda la oportunidad de mejorar y ser más felices. Igual que el dolor físico tiene la inestimable utilidad de avisar de que algo en nuestro cuerpo no va bien, esos dolores de que hablamos nos advierten de que algo en nuestro interior debe cambiar. Es positivo -además de natural- que notemos con intensidad el peso de nuestros errores: si no fuera así, sería muy difícil que nos corriéramos.

Quizá el aprendizaje más duro de la vida sea el de la decepción: aceptar que las cosas -empezando por la realidad de nosotros mismos- no son como las queríamos, como las pensábamos, o como nos las habían contado; que las cosas no son tan sencillas, que la vida no es tan fácil. Pero, como ha escrito Enrique Rojas, la conquista de la felicidad no es algo a lo que

se llega de modo improvisado o casual; se alcanza tras un largo esfuerzo sobre nosotros mismos, es como una obra de ingeniería personal continuada.

IV. Para tu vida.

Cuerpo de Cristo

Amar hasta que duela.

Sorprendente felicidad

Teresa de Calcuta

Trabajo en "Nirmal Hriday"

A una joven de familia acomodada, con estudios universitarios, le correspondió ir con otras compañeras a la "Nirmal Hriday", el Hogar del Moribundo abandonado que las Misioneras de la Caridad tienen en Calcuta para atender y cuidar a enfermos agonizantes recogidos en calles y plazas de la ciudad. Antes de salir, la Madre Teresa de Calcuta les dijo: "Habéis observado con cuánto amor y delicadeza el sacerdote, durante la misa, ha tratado el cuerpo de Cristo. Procurad vosotras hacer lo mismo cuando estéis en el Hogar puesto que allí se encuentra Cristo, ya no bajo las apariencias de pan y vino sino bajo las apariencias de dolor, de sufrimiento."

Y la Madre Teresa añadía: "Horas más tarde todas se encontraban de vuelta. Una de ellas, justamente la que había llegado de la universidad, corrió hacia mi despacho y, con una limpia sonrisa

dibujada en su rostro y con el contento interior que da la generosidad cristiana, me dijo: "Madre, durante tres horas he estado tocando el cuerpo de Cristo". Yo le pregunté: "¿Qué es lo que ha sucedido?". Ella contestó: "Al poco de llegar, trajeron a un enfermo moribundo recogido por la calle. Estaba cubierto de gusanos... No me resultó fácil. Pero me di cuenta de que en él estaba tocando, limpiando, curando el Cuerpo de

Cristo sufriente"".

Pablo VI, en su discurso a los miembros del Pontificio Consejo para los Laicos, decía: "Las personas, contemporáneas, escuchan más a gusto... a los que dan testimonio que a los que enseñan. O si escuchan a los que enseñan es porque... dan testimonio". "Seréis mis testigo hasta los confines de la tierra".